



# Demasiado, demasiado

Los últimos días de Kant

Michel Schneider

Los hombres, con frecuencia, y cuando se acerca el reposo final, piden partir. Quieren hacer un largo viaje, ir al extranjero. Pero raros son aquellos que lo logran. En junio de 1803, Immanuel Kant le rogó a su discípulo Wasianski que hicieran juntos una excursión. “No importa, donde usted quiera, con tal de que sea lejos”. Un hermoso día de verano partieron. Mientras subían en el coche, Kant dijo: “¡Ah, la distancia, la distancia! Vayamos lo más lejos posible”. Pero, apenas franquearon las puertas de Königsberg, que el filósofo nunca había abandonado, el viaje le pareció excesivamente largo. Al llegar al final de la excursión, en una colina, sin poder beber el café que les esperaba, Kant ordenó que regresaran y, entre tanto, no paraba de exclamar: “¡Esto nunca terminará!”. Y poco después, de nuevo, se puso a hablar de viajes, de países, de lontananzas.

Narrar los últimos días de Kant, basado como lo hago en las palabras de Marcel Schwob que se apoyan en las de Thomas de Quincey y que, a su vez, surgen de las de Wasianski y otros más, es construir la historia de un cuerpo antes que de un pensamiento. A un extranjero que hubiera conocido las obras de Kant, y no su persona, le habría resultado arduo creer que en este encantador y delicioso camarada habitara el profundo autor de una filosofía trascendental.

Durante decenas de años, el rito había sido el mismo. Cada día, incluso el domingo, destinado al descanso, su sirvienta Lampe entraba en la habitación cinco minutos antes de las cinco de la mañana y decía: “Es hora”. Luego, pasada la inspección de que la más mínima mancha de sudor no hubiese

maculado su pijama, el filósofo se vestía. Como temía detener la circulación de la sangre, jamás llevaba jarreteras. Sin embargo, como le era difícil mantener las medias estiradas sin su ayuda, había inventado para su uso un aparato extremadamente elaborado. En un bolsillo, un poco más pequeño que el de un reloj, y que ocupaba el mismo y exacto lugar encima de cada muslo, había situado un cajetín. Adentro, un resorte de reloj enrollado en espiral y, alrededor de este, una cuerdecilla elástica cuya fuerza era regida por un mecanismo especial. En los dos extremos de esta cuerdecilla estaban atados los ganchos. Estos pasaban a través de una pequeña abertura del cajetín, descendían a lo largo del lado interno y externo del muslo y agarraban los dos arneses, fijados a la parte exterior e interior de cada media. De este modo, como se puede suponer, una maquinaria tan complicada se sometía, como el sistema celeste de Ptolomeo, a ocasionales desarreglos.

Cada día, la mañana se consagraba a la labor filosófica. Cada día, en la cena —de hecho era el almuerzo—, se reunían los comensales cuyo número, incluido el anfitrión, no debía nunca ser inferior al de las Gracias, ni superior al de las Musas. Durante la primera parte de la comida solo se hablaba del tiempo que hacía, y luego se abordaban las cuestiones políticas del día. A Kant le parecía indigno que le contaran relatos a los cuales les faltara la fecha y el origen espacial. Después volvía al trabajo. Le gustaba la noche, la dudosa luz amiga del pensamiento, y miraba, al escribir, la vieja torre de Loebenicht en el crepúsculo. Un día, cuando una hilera de álamos le ocultó la

visibilidad, le rogó al vecino que la cortara, pues sin ver la torre no podía escribir. Cada noche se envolvía en una túnica, de algodón en verano, de lana en otoño, y las dos las utilizaba en invierno. Se acomodaba y se enrollaba en las cobijas a través de una serie de operaciones minuciosamente encadenadas. Luego, vendado como una momia, esperaba al sueño. Tenía problemas para dormir. Repetía las sílabas del nombre de Cicerón. Era melancólico y alucinado, y el signo de su enfermedad consistía en la ingeniosidad exagerada que ponía en no enfermarse.

Odio a lo impreciso, odio a los retrasos, odio a lo imprevisto y a lo incontrolable, Kant pretendía manejar el comercio de los hombres como una cadena de razones. Un amigo se enfermaba y manifestaba una ansiedad llena de agitación, hacía visitas continuas, esperaba con impaciencia la crisis y, a menudo, era incapaz de realizar su habitual trabajo porque su espíritu se estremecía. Pero apenas se le anunciaba la muerte del enfermo, volvía a la calma y a la indiferencia. Esta frialdad cedió en una ocasión: ante la muerte del señor Ehrenboth, hombre joven de hermosa inteligencia y extraordinariamente dotado, y por quien sentía un profundo afecto, Kant sintió un dolor tumultuoso. Pues el amor, como la muerte, no son más que mecánicas que pueden manipularse o compensarse.

1804. Kant está próximo a los ochenta años. La muerte se despierta entonces y le dice al viejo niño insomne, que perdió a su madre a los trece años: “Es hora”. Desde 1789 le había dicho a algunos amigos: “Estoy viejo, débil y he caído en la infancia. Es necesario que me traten como a un niño”. Y he aquí que llega el tiempo en que no hay más tiempo, el tiempo en que los viejos duermen mal porque saben que pronto tendrán todo el tiempo precisamente para dormir. Con la noche vienen las pesadillas. Kant les teme, ya que siempre lo perseguían asesinos, siluetas sin rostro y sin nombre que deseaban llevárselo. Anota en su libreta: “No dejarse llevar por el pánico de las tinieblas”. Y él, que siempre había

ocultado hasta el más mínimo rayo de luna que atravesara la rajadura de un postigo, pide que se le lleve una lámpara a la mesa de noche para domesticar su sueño. Se obró de tal modo que los rayos de luz no cayeran sobre su rostro. Kant, para quien el silencio absoluto era el edredón de las noches, hizo instalar en la habitación de los cuatrocientos cincuenta libros un reloj de repetición cuyo martillo se arrojó para que tan solo le llegara un palpito familiar.

Hacia finales del invierno de 1803, Kant oye melodías, cantos de otro tiempo, venidos de su juventud no para socorrerlo sino para acosarlo. Resonando fuerte en sus oídos, no le causan más que insomnios y dolores. Anota: “Los tres meses del verano son junio, julio y agosto”. Lee cada vez menos. A veces, hunde la nariz en su obra, y la punta de su gorro de noche se prende con la vela. Se quita el gorro, lo mira con sorpresa, lo deposita lentamente en el suelo y lentamente apaga las pavesas con los pies. Reclama continuamente a su sirvienta: “¡Café!, ¡café!”. Se le responde que ya mismo va a llevárselo el café al querido profesor. “Va, dice él, ese es justamente el punto, que siempre se va y nunca surge la alegría de tenerlo”. Un día de diciembre es incapaz de firmar con su nombre los recibos, las notas, las cartas. Los oculistas hablan de la ceguera que lo invade con lentitud. Pero se trataba de otra cosa. No podía acordarse de las letras que conformaban su nombre. Se las repetían, pero para él ya no había representación de las figuras en su imaginación. Pasa las últimas semanas atándose y desatándose su fular veinte veces por minuto, luego se amarra la correa de su bata para desamarrársela enseguida con impaciencia. Desde al alba hasta la noche está ahí, impaciente por no poder actuar, irritándose por haber actuado. Hacer y deshacer, hacer para deshacer. Deshacer para volver a hacer, tal es la ocupación de los moribundos. También la de los vivos, menos visible en quienes no están enmascarados por metas, proyectos e ideales. Una personalidad venida de Berlín ve a Kant silencioso y balbuceante como un



Odio a lo impreciso, odio a los retrasos, odio a lo imprevisto y a lo incontrolable, Kant pretendía manejar el comercio de los hombres como una cadena de razones.

niño, absorbido y sumergido en el letargo, o bien aplastado por imágenes y visiones.

Poco antes de su muerte, el filósofo volvió a usar un poco su lengua y su mano y anotó en la libreta una vieja canción. Ella decía: febrero es el mes en que los hombres cargan el más ligero peso, la menor pena, el menor dolor, la menor cantidad posible de remordimientos, y dura dos o tres días menos. Febrero de 1804 fue todavía más liviano. Doce días solamente pesaron sobre Immanuel Kant. Nueve días antes de su muerte murmuró algo y parecía que quisiera que le ayudaran a terminar su frase. La palabra Puesto vuelve a menudo. El doctor que lo asiste piensa que habla de relevos, de caballos, de paradas, de viajes. Le asegura que ya todo está listo para partir. A través de una bruma de imbecilidad, Kant continúa: “Muchos puestos, la bondad, mucha bondad, mucha gratitud”. Los testigos se miran. Uno cree adivinar que se trata de lugares ya ocupados y cedidos al moribundo, otro piensa en mensajeros, un tercero en transportes. Kant no los engaña, pero añade a la simpleza de la oscuridad y dice: “Dios me preserve de no caer demasiado bajo como para olvidar los oficios de la humanidad”.

Pero estas no fueron sus últimas palabras. Tomó una entonación militar para decir que estaba de nuevo en orden, *testitudine et facie*, de la cabeza y la cara. Preparado ante

el enemigo, el filósofo también lo está para la batalla. Luego, al día siguiente, murmuró: “sí”, y besa a su hermana y a Wasianski. Jamás se había visto a Kant besar a alguien. Al otro día, dijo una vez más: “demasiado”. ¿Hablaba de la vida? Tenía sed, de hecho. Se le ofreció una cuchara con un poco de vino mezclado en agua dulce. Llevó la mano a sus labios hasta que el sorbo fue tragado. Quiso más y se le volvió a dar. Después dijo, y estas fueron las últimas palabras que le comprendieron: “demasiado”. “*¡Sufficit!*”. La disolución se llevó a cabo el 12 de febrero de 1804, a las once de la mañana. Era un domingo. La noche anterior, una nieve espesa había caído y, aprovechando el silencio, una banda de ladrones irrumpió en el patio de Kant para robar a su vecino joyero.

Se le afeitó la cabeza, se hizo un vaciado en yeso de su cara, su cuerpo se dispuso vestido ante una multitud de gente de todos los rangos. Un testigo, conmocionado, se asombró: no es Kant lo que yo vi, sino la coraza de Kant. ■

*Michel Schneider* (Francia)

1944. Este artículo pertenece a su libro de ensayos *Morts imaginaires* (*Muertes imaginarias*, 2003).

*Pablo Montoya* (Colombia)